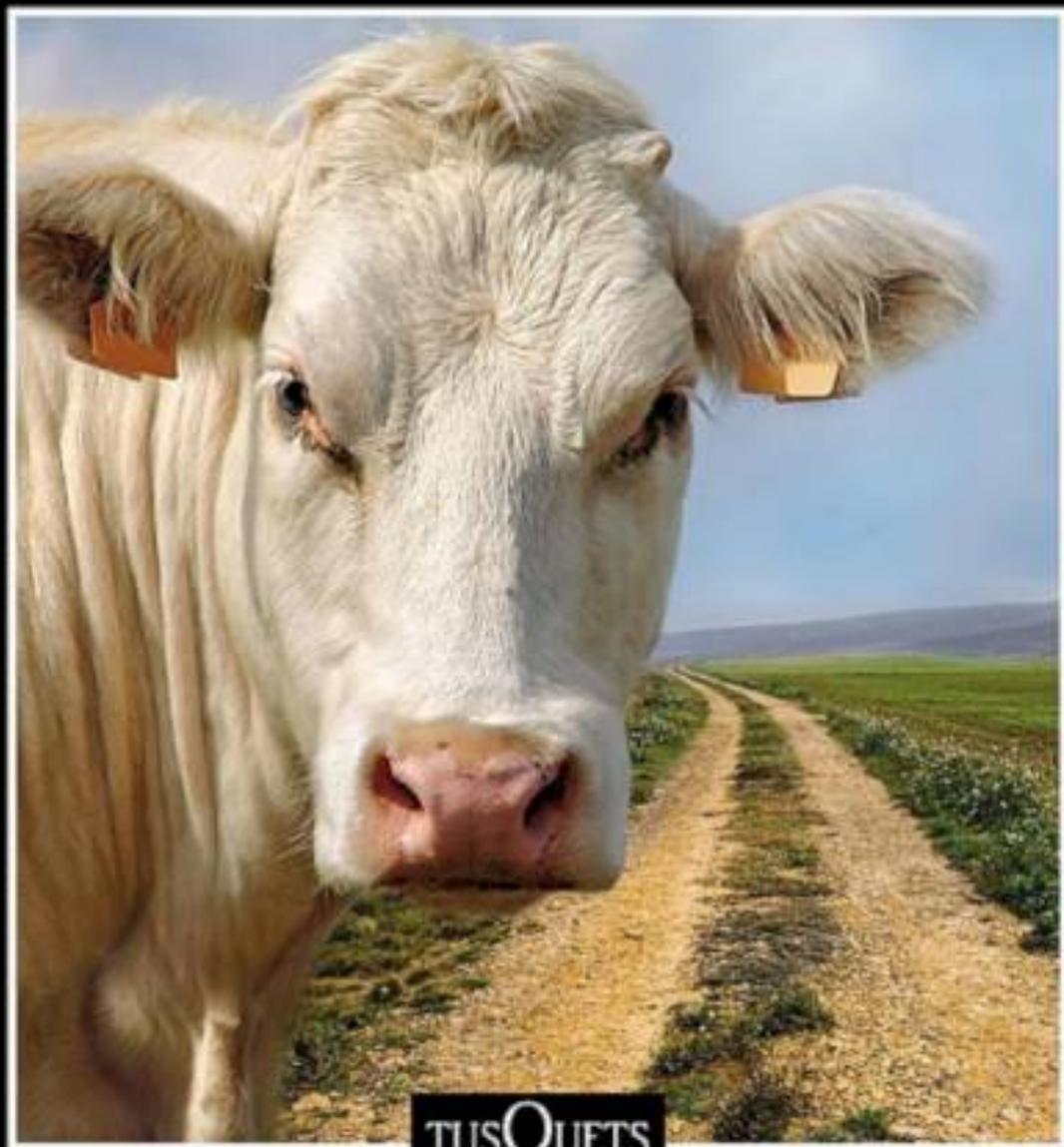


María Martoccia

AÑOS DE GRACIA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Años de gracia

Años de gracia

María Martoccia

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Años de gracia](#)

Martoccia, María

Años de gracia / María Martoccia. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2016.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-670-404-5

1. Literatura Argentina. I. Título.

CDD A860

©© 2016, María Martoccia

Todos los derechos reservados

© 2016, Tusquets Editores S.A.

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: octubre de 2016

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-404-5

1

Cuando Angie toca el timbre, Felisa está en el lavadero y la señora Amelia, envuelta en una manta, mira el jardín desde su habitación. Los rosales dejan caer los pimpollos que no florecieron por falta de agua y las hojas que apiló el nuevo jardinero corren sobre el pasto. La señora Amelia fija la vista en un pino, el viento inclina su punta como lo haría con la pluma de un sombrero; sin falta debe decirle a ese muchacho que cargue las hojas en la carretilla y las quemé junto a la acequia — con sumo cuidado—; sólo falta que se escape el fuego. Aparta la vista del pino. «Los Lozano se hacen los que no saben pero cuando quieren, las cosas quedan como tienen que quedar. Plata al divino botón.» Amelia resopla molesta y no distingue la silueta de Angie, tapada por el alero de la galería, aunque oye, con ese oído típico de los reclusos, que llaman a la puerta. Un evangelista inoportuno, piensa. Lo mismo se le ocurre a Felisa en el lavadero. Hay que dejar que se canse. Pero Angie sigue insistiendo, camina unos pasos y se detiene frente a las figuras talladas en el aljibe: cuatro dioses romanos separados por el relieve de una planta que parece un cardo, un tallo largo, una flor en forma de pompón y a su alrededor las hojas, simétricas, exactas. Se inclina y pasa un dedo por la superficie: siente el mármol frío y se estremece. Probablemente este aljibe sea una de las piezas que le enumeró su madre. Y al detenerse para observar a Neptuno, Angie queda a la vista de la señora Amelia, que se incorpora en la silla de ruedas más de lo que suele hacer cuando está acompañada. La manta —roja y verde— cae al piso. Intrigada, Amelia frunce el ceño, no le parece que la visitante sea una evangelista: tendría la pollera más larga, además, no lleva bajo el brazo la típica Biblia de tapas negras y, sobre todo, una evangelista jamás se hubiera inclinado para observar las figuras talladas en el aljibe. ¿Quién es? Tiene miedo de que le traigan malas noticias de Sebastián.

Gira la silla con sorprendente energía y se detiene en el umbral de la habitación:

—¡Feli, la puerta! —El grito retumba en el pasillo y desciende a la planta baja como si fuera la orden de un capitán a su tripulación. —¡Feli! —repite, esta vez casi en un susurro.

Nadie le responde. «Vaya a saber si oyó. Feli tiene bien las piernas, pero todo lo demás le empezó a fallar antes que a mí. Y eso que las dos tenemos sesenta y siete, ella es de julio y yo de octubre.» Entonces Amelia mira detenidamente la escalera que hace ya tres años no baja por sus propios medios; la poca luz que se filtra por las cortinas color obispo ilumina los primeros escalones. Conoce de memoria el paisaje que se ve por esa ventana, es casi la única fracción de naturaleza que puede disfrutar sin ayuda —excepto el jardín delantero que controla desde su habitación y que le permite saber quién llega antes de que toque el timbre. Se dirige a la ventana, y con ambos brazos corre las cortinas y las anuda con un cordón dorado rematado por tres borlas. La cara se le pone roja debido al esfuerzo y se le humedecen la frente y las aletas de la nariz. Jadea como un atleta cansado. Ahora la luz ilumina la escalera completa. Esto es otra cosa. Cuando mandó refaccionar el caserón que le compró a los Duggan —una oportunidad en plena crisis de 2002—, el arquitecto cambió de lugar una columna para que las sierras quedaran perfectamente encuadradas. Desde entonces, el pueblo creció en esta dirección: lotearon, alambraron y cavaron pozos que llegan a tener sesenta metros; las nuevas construcciones surgen sin orden, desparramadas como los restos que deja la marea sobre la playa. Un puente de hormigón a medio terminar cruza el lecho de un río exiguo. Amelia mueve la silla con la mano derecha: justo donde comienza el terreno vecino, unos hermanos instalaron un taller mecánico y desde lejos los hierros retorcidos producen el efecto de un bosque carbonizado, pero las sierras siguen intactas: marrones o violetas, secas o fértiles, según el promedio de lluvias. Hay otros pueblos, en cambio, que en el curso de estos años se poblaron tanto que resulta difícil encontrar un monte de quebrachos o una cascabel. Entrecierra los ojos: un caminito de tierra del ancho de un pulgar serpentea por la ladera donde se lanzan los audaces en parapente. El cartel de la escuela del suizo se lee a medias: «Aprendé a vol...» ¿Será

cierto que el intendente le dio fondos para traer un simulador de vuelos de los Estados Unidos?

Gira la silla con una sola mano y avanza por el pasillo. Atrás queda el ventanal con las cortinas corridas. Desde la cima de la escalera puede ver el vestíbulo: las ramas dentro del jarrón chino que se disputó con una hermana y el perchero donde cuelga la campera que se olvidó el día del accidente; a la derecha, por la puerta entreabierta: las cuatro sillas del comedor, la cabecera de la mesa, uno de los candelabros y la mitad de la soperas de plata con el monograma de su familia paterna. Allí, el mismo arquitecto que corrió la columna para poder apreciar las sierras, decidió colgar el cuadro de un pintor holandés. La pintura representa una playa ancha y vacía en donde juegan unas nenas. Arena, cielo, mar y, detrás de las nenas, el gesto de una mujer a quien se le vuela un pañuelo. Antes del accidente, cuando Amelia se detenía frente a la pintura del holandés, las dunas le llegaban a la altura de los ojos y podía separar los colores de la arena formada por miles de puntos; lagrimea al recordar las pinceladas de esas dunas. La preocupación por su hijo Sebastián disminuye. La casa está en silencio, no oye que vuelva a sonar el timbre ni tampoco que Felisa haya atendido la puerta; un fuerte olor a cera sube desde la sala. Gira de nuevo la silla y regresa al cuarto. Esa es una de las ventajas de su tragedia: ahuyenta cualquier otra preocupación. Por un lado, piensa que ya le sucedió en la vida todo lo malo que le iba a suceder. Por otro, apenas surge el menor atisbo de una inquietud, recrudece el propio dolor. La invalidez parece gritar: «Yo estoy primero, hagan el favor de no molestar». Cierra la puerta de la habitación. Pasa delante de la manta tirada en el piso y la mira con la intensidad de un ruego; después, sin apuro, se dirige al tocador, repleto de pañuelos de papel y frascos, y enciende la radio. Sintoniza un programa de música clásica: comienzan los primeros acordes de una sinfonía. Amelia está a punto de reconocer el autor y abandonarse a la melodía, pero se siente contrariada, aprieta el puño y se golpea la rodilla inerte. Últimamente solo la entretienen los movimientos del taller mecánico: quiere saber todo sobre los hermanos que se instalaron de un día para otro en el terreno vecino y amontonan chatarra pero hoy ni las sierras ni la curiosidad por los mecánicos logran distraerla; un único

pensamiento la martiriza y culpa a la campera que ese día funesto se olvidó en el perchero: «Si la hubiera descolgado», piensa resignada, «quizá me demoraba unos minutos y no embestía a la vaca». Cruza las manos sobre la falda. Aparecen en su mente, bien definidas, las patas del animal que rompió el parabrisas, la cabeza partida como una inmensa sandía, y el cuerno que casi le perforó la garganta; a su lado, Lorraine, inclinada con elegancia, la cara intacta, preciosa, por la que corría un hilo de sangre finito, un rasguño apenas, que le hizo creer que vivía. Aunque enseguida, al bajar la vista, se dio cuenta de que la guantera se le había incrustado en el pecho y a partir de allí todo era una masa informe: estaba destrozada, como si la hubiera rebanado una sierra eléctrica. Finalmente su amiga terminó igual que uno de esos maniqués para pelucas. No puede retener una sonrisa. Lorraine, de quien todos decían: «Es una muñeca». Amelia cierra los puños con fuerza, hasta sentir que las uñas la lastiman; unos instantes antes de que embistieran la vaca, Lorraine había exhalado el suspiro propio de una adolescente enamorada, no de una mujer que orillaba los sesenta. La razón de ese suspiro era un enigma que muchas veces ella creía tener resuelto; de ese suspiro dependía que sintiera culpa o no. Amelia se acerca a la radio y sube el volumen. Casi en voz alta, compitiendo con el sonido de la radio, las imágenes de la vaca, y el pecho de Lorraine destrozado, se dice: «A Sebastián no le pasó nada, las malas noticias llegan pronto». Además, el tipo de catástrofes que le suceden a su hijo se solucionan con dinero. Sebastián es vago y pedante. Algo más que le debe al accidente: la evaluación sin sentimentalismos de sus hijos. Retrocede para levantar la manta, se la echa sobre las piernas inmóviles y vuelve a dormir de cara al jardín mientras las hojas secas corretean al ras del suelo y se esconden debajo de las hortensias; la sinfonía concluye el segundo movimiento. Entonces el timbre comienza a sonar de nuevo y Amelia, a pesar de su buen oído, no oye las protestas ni los pasos contundentes de Felisa sobre el piso recién encerado.

Felisa llega a la puerta secándose las manos en el delantal. Cuando abre, se encuentra con Angie, que unos minutos antes

se había detenido para observar las figuras talladas en el aljibe y ahora espera ansiosamente que la atiendan.

—¿Por qué asunto es? —pregunta Felisa sin rodeos.

—¿La señora Amelia Sáenz Valiente?

Felisa es alta. Cualquier novedad la hace desconfiar, si le toca la puerta su propia sombra desconfiaría. Dice:

—La señora no recibe. Si quiere, déjeme su nombre y un número de teléfono.

Angie se desconcierta. «Se supone que en el interior la gente es más dada.» La mujer que tiene delante apenas parpadea: los pómulos marcados, sin cejas, y el pelo con unos extravagantes reflejos rubios. Pero Angie no insiste y hurga en el bolso: saca una agenda muy abultada —sujeta con una banda elástica—, extrae una tarjeta, y se la extiende a la mujer que la recibe con la punta de los dedos.

Felisa lee: «Decoraciones de la Ribera», y más abajo, en una letra casi ilegible: «Angie O...»

—Ya le dije —repite—. La señora no recibe —y en un tono menos hostil—: pero yo le doy su tarjeta, quédese tranquila.

Angie viste un tapado de solapas anchas color chocolate —un talle o dos más de lo necesario— botas de cuero y pañuelo al cuello. Despide el olor dulzón de los jazmines. Se nota que hubiera estado más cómoda con unos jeans y una remera, y que, como no le importa demasiado su aspecto, eligió una fragancia cualquiera. Sin mucha convicción, explica:

—Es por un asunto que puede interesarle.

Felisa se toma su tiempo, mira las hojas que corretean por el jardín y piensa: «Flor de reto se va a ligar el chico de los Lozano, primera semana y dejar todo así». Después clava los ojos cansados en la jovencita que mide casi dos cabezas menos que ella, se detiene en el mentón pronunciado, curiosamente levantado como la punta de una chinela turca:

—Lástima que usted se vino de la Capital —asegura convencida—. Hubiera sido mejor llamar antes. —Más considerada, añade: —Para no molestarse, digo.

La joven asiente y se agacha para acariciar un gato negro que no deja de refregarse contra el marco de la puerta y maúlla mostrando unos dientes peligrosos como las espinas de un cactus.

Felisa también se agacha.

Quedan frente a frente: Angie aspira el fuerte olor a lavandina que emana Felisa y Felisa puede ver de cerca la nariz respingada de Angie, los labios finos y ese mentón en punta que le da un aire pícaro. Y el gato negro en el medio, acariciado por ambas. Después de unos minutos, Felisa quiebra el silencio:

—Pase en otro momento, ¿sabe?, la señora Amelia no anda nada bien. —Se pone de pie con el gato en los brazos y enigmáticamente murmura: —Será por el aniversario, pienso yo.

Angie se incorpora sobresaltada; de repente toda la ropa parece quedarle muy grande.

—Morticia —dice Felisa, con un ligero cabeceo.

La muchacha tarda unos segundos en comprender:

—Ah, es gata —exclama por fin.

—Sí. Los gatos son una porquería.

—No crea. Yo tengo un siamés divino —Angie se acomoda el tapado que se le había deslizado por los hombros. —Me costó un montón dejarlo. Es la primera vez.

Felisa frunce la nariz:

—Los machos son peleadores. —Aprieta a Morticia contra su pecho y, señalando un muro cubierto de hiedra, dice: —Hay uno gris que se aparece por allá. Viene todo lastimado. Yo agarro unos cascotes del baño que demolieron y se los tiro, pero el muy maldito sigue viniendo. De puro cabeza dura, porque viera usted cómo le doy. Más de una vez le dejo el hocico sangrando.

Angie, con el tapado ya en su lugar, mira la hiedra de hojas grandes; cuando sopla viento se agitan como si fueran cientos de abanicos. Al cabo de unos instantes, reflexiona:

—No me queda otra: A Judas voy a tener que castrarlo.

La mujer entrecierra los ojos y fija la vista en el muro con la hiedra, parece que esperara al gato para tirarle un cascote:

—¿Usted vive en departamento?

—Sí.

Felisa se acerca tanto a Angie que los pelos de la gata le hacen cosquillas en el mentón.

—A una amiga de la señora Amelia —cuenta la mujer— el gato se le tiró por el balcón —hace una pausa—: Y era de esos que usted dice.

—¿Siamés? —pregunta Angie.

—Eso, sí.

—A veces los gatos se caen.

—No se cayó —Felisa baja la voz—. El animal lo hizo a propósito. La dueña lo vio clarito, clarito: tomó envión y saltó.

—¿Seguro que era siamés? —pregunta Angie.

—Así dijeron. —Felisa retrocede y aclara: —Son esos de los ojos celestes.

Detrás de la mujer, Angie distingue un gran vestíbulo con una cómoda estilo colonial y un perchero del que cuelgan varias prendas y sombreros. Sobre la cómoda hay un jarrón con ramas y algunos objetos que no sabría precisar —¿Porcelanas? ¿Cajas?—. Al fondo, se ven los primeros peldaños de una escalera: maciza, señorial, que, como la cola de un vestido principesco, traza una leve curva. Sí, la casa debe de ser tal cual le contaron y, seguramente, cuesta una fortuna mantenerla. Durante unos minutos ninguna de las dos dice una palabra. De pronto, se oye la campanada de un reloj: grave, solemne como la de una iglesia. A la mujer que le abrió la puerta no se le mueve un solo músculo: sigue esperando inmóvil con la gata en brazos. «¿Qué clase de reloj será?», se pregunta Angie. Un anticuario que ella conoce sabría de qué reloj se trata. Extrañada, la joven retoma la conversación:

—Qué raro. Nunca oí que un gato se suicidara.

Felisa hace un gesto que parece afirmar: «Es así como yo le digo», y clava la vista en las copas de los árboles. La mano que la mujer tiene apoyada sobre Morticia es grande, ocupa casi la mitad del cuerpo del animal; los dedos cortos y gruesos, de uñas rectas, emanan la fuerza de unas tenazas. Las campanadas terminan y sobreviene ese silencio irreal que aparece después de tanta sonoridad. De pronto, Felisa deja a la gata en el piso y exclama:

—¡Viento de porquería, nunca trae nada bueno! —Y persigue unos plásticos que dan vueltas entre las patas de una silla de la galería.

Angie gira y sigue el recorrido de la mujer. Felisa continúa hablando, inclinada casi a la altura del piso:

—Parece que los delfines también se cansan de vivir. Lo vi en la tele. —Atrapa las bolsas de plástico y se las muestra a Angie satisfecha, como si hubiera atrapado un bicho peligro-

so. Angie se corre al sol y la mujer guarda las bolsas en el bolsillo del delantal mientras dice—: Y ¿sabe qué?

—No —alcanza a decir Angie, sintiendo el calor del sol.

—La gente iba a la playa con cuchillos y cortaban rodajas de delfín —cuenta Felisa entusiasmada—. De los delfines esos que suicidaban. Será como el pollo, pienso yo, ¿no?

El cielo se cubre de unas nubes muy blancas, bajas, de ribetes ondulados. El pronóstico para los días siguientes anuncia una ola de frío: por la mañana heladas fuertes y muy ventoso por la tarde. Angie se detiene en los reflejos rubios de la mujer: ¿cuánto tiempo hará que lleva el pelo de ese color? Siente un cansancio terrible, pero le sigue la corriente:

—Había oído, sí. De los delfines y de las ballenas. Pero de los gatos nunca.

Felisa vuelve al umbral y Morticia nuevamente se frota contra una de sus piernas. La mujer toma a la gata en brazos:

—La señora Amelia —explica— dice que hay gatos que odian la vida que les hacemos vivir. Vaya a saber si es cierto. ¿Cómo saber una cosa así?

Angie siente que las botas le aprietan los pies y, quizás ante la mención de la dueña de casa, recuerda el propósito de su visita:

—¿Le parece entonces que pase en otro momento? ¿Amelia podrá recibirme?

Felisa hunde la mano en el pelo de Morticia, la gata ronronea:

—Yo le aviso a la señora Amelia que usted vino. Dentro de un rato, cuando le subo el té, le doy su tarjeta —hace una pausa—. Pero si usted quiere insistir.

«Falta que diga "es problema suyo"», piensa Angie y, decidida, responde:

—Sí. Paso mañana. A las diez, diez y media. ¿O es muy temprano?

Felisa se muerde los labios, la falta de cejas hace que su cara resulte enorme:

—A las diez viene el masajista —anuncia lentamente, como si repasara las actividades que lee en un cuaderno—. Y la señora Amelia después de los masajes se pone...

La frase queda inconclusa porque Felisa sigue con la mirada el brazo que Angie estira para acariciar a Morticia. Pero la gata

al sentir la mano que se acerca, abre los ojos, muestra sus dientes como espinas y lanza ese bufido ronco y amenazador de los felinos.

La joven retira el brazo molesta y Felisa sonrío con el orgullo de un domador:

—Por la tarde, mejor. La señora Amelia está menos rezongona —y de este modo completa la frase que había dejado a medio terminar.

—Bueno. Entonces, vuelvo mañana a las tres. —Angie garabatea algo en la agenda pero no la sujeta con la banda elástica ni tampoco la guarda en el bolso. Aclara—: Me interesa hablar con la señora Amelia. Es algo que puede ser conveniente para ambas. Dígale que no voy a robarle mucho tiempo.

Felisa mueve la cabeza:

—No, si no será por el tiempo, se lo aseguro —lanza un suspiro entrecortado—. Eso nos sobra a las dos.

—Muy bien —murmura Angie conforme, y Felisa siente una repentina curiosidad por el motivo de la visita. ¿Para qué habrá venido de la capital vestida así? Al principio, ella hubiera jurado que traía una mala noticia. Pero parece que se trata de otra cosa. Acá hay dinero. ¿Será de una inmobiliaria? Ya insistieron tantas veces, y Amelia siempre los sacó volando. Incluso, una vez, después de una de esas visitas le dio un pico de presión. Angie toma la iniciativa:

—Estoy en la posada Los cipreses, por unos días. Así que me vengo mañana sin falta.

—Hasta mañana —dice Felisa, y recalca: —si Dios quiere.

—Si Dios quiere —repite Angie, aunque no es su costumbre. Y empieza a caminar por el camino de lajas, de regreso a la entrada oculta por un inmenso jazmín en flor. Un perro negro echado junto a una pila de leña levanta la cabeza, sigue el recorrido de la muchacha y vuelve a echarse. Debajo de un árbol, zumba un enjambre de abejas. Los cuerpos de los insectos brillan como si fueran las cuentas de un collar roto.

Felisa mira desconcertada la figura envuelta en el tapado chocolate. Susurrando, dice:

—Ah, en Los cipreses, la posada de la señora María Teresa. No la conozco, pero dicen que cuesta un ojo de la cara —parpadea—. ¿Será un buen lugar? ¿Qué pensás, Morticia?

A pesar de la temperatura agradable, el otoño ya insinúa los días invernales, cuando en las ramas del níspero las gotas de hielo forman racimos caprichosos y la hiedra del muro, por donde se cruzan los gatos machos, pierde sus hojas ahora rojizas. Una ráfaga aleja el humo de una chimenea vecina, caen al pasto los frutos de los paraísos, arrugados y venenosos, capaces de matar un lechón goloso; y unos lirios violetas se doblan como caballeros bien vestidos.

Felisa no entra, se queda en la puerta, con la gata en brazos, balanceándose, acunándola. En el lavadero dejó en remojo las cortinas del escritorio y unas servilletas que puso el día que se quedó a almorzar el doctor Richard y ella, por expreso pedido, le hizo papas fritas y pollo al pimentón. «Buen doctor, pero para comer no tiene modales», piensa al recordar ese almuerzo y las manchas que quedaron en la servilleta que usó don Richard. «Pasa, pasa con la gente que piensa mucho: es sucia.» Y enseguida le acaricia la cabeza a Morticia: «Dicen que él también anduvo detrás de la señora Lorraine. ¿Quién no? Además, la señora Lorraine cambiaba de gallo muy seguido. No como nosotras, que sabemos estar solas. ¿Cierto, Morticia?»

Cuando Angie pasa delante de uno de los faroles del jardín, por donde trepa una enredadera que en julio se cubre de flores color naranja, tropieza y casi se golpea la cara contra las lajas del camino: la correa del bolso se le desliza por el hombro y la agenda, abriéndose de par en par, cae al piso: una serie de papeles salen volando como salen los patos con los tiros de los cazadores. Sin embargo, Angie se incorpora de inmediato y, a los saltos, retrocede y se sienta en un banco de piedra que tiene una de las esquinas rotas. Felisa coloca a Morticia sobre un gran macetero con una azalea de pimpollos quemados por el sol y acude a su lado.

Una bandada de golondrinas cruza el cielo.

—Suerte que no se lastimó —dice Felisa, unos pasos antes de llegar.

—Suerte —responde Angie sin levantar la vista, con el taco en la mano, mirándose las piernas de rodillas huesudas. El tapado color chocolate, el bolso y la agenda que perdió varias páginas forman una pila junto a la esquina rota del banco.